

DÍAS DE LUZ CON EL TIEMPO DENTRO...

Venancio Martínez Suárez

Hace unos meses los navegos hemos recibido de Siferiz un magnífico regalo. Un regalo de los que se dice para siempre; que no cansa y que no se agota en el placer y la emoción que produce. Se trata de una recopilación de imágenes en blanco y negro de personajes que han vivido en nuestro pueblo en el último medio siglo. Y aunque todas piden un comentario, hay una que más que otras me pone en el trance de dejar sobre la mesa un jirón de mis recuerdos.

El lugar y las horas que recupera la instantánea fueron el origen de experiencias decisivas para una generación de navegos; para los que se ven en la foto y para los que por algún imprevisto de última hora –supongo- no aparecen en el retrato. La fotografía corresponde a la primavera de 1971 y se nota que se avisó del evento, tal como se deduce por la presencia poco habitual de alguno.



No sabría reproducir completamente las sensaciones allí recibidas, pero sí puedo decir que algunas de las más intensas que pude vivir brotaron en la realidad de aquel patio, de aquellas aulas destartaladas y de altísimos techos, con el pulso de muchas andanzas y aventuras, de muchas palabras antes, durante y después de las clases. De esos amigos me queda el recuerdo de cómo eran por dentro, la impresión de muchos buenos sentimientos y también el eco de muchas risas y de frases ingeniosas. Me queda eso todo y la alegría que recuperé al volver a verlos como eran.

Nuestras vidas –como se ve- estaban fuerte y plácidamente entrelazadas y abrazadas. Y ante esa foto podría decir quienes se mordían las uñas, en que puesto les gustaba jugar al fútbol y cuál era su equipo preferido; quienes eran atletas, quienes eran tímidos, alegres o atrevidos; los más callados o los que se manifestaban como una constante explosión de juramentos; los que preferían el “gua”, el frontón o

sentarse al sol en el recreo; quienes miraban a las niñas de enfrente y quienes eran solitarios. Quienes tenían una caligrafía más lograda –César, Santi, Tati- y los que ya entonces éramos esforzados impenitentes y calmosos. Los diestros para el dibujo, sobre todo Jesu el de El Espín. Los que eran más capaces que los demás, más ágiles en el aprendizaje o tenían más facilidad para comprender aquellas explicaciones –Andrés, Jesús Ranz, Jorge el de Mimes y Jaime. Los que ya empezaban a ser aficionados a los motores, Tito, Pablo, Fernando Sánchez. Con ellos, los que veíamos el fútbol en todo: en la forma de la pizarra, en un pájaro que pasaba ante la ventana o en la cabeza del maestro. También a quienes pegaba don Luis casi a diario, todas las semanas o sólo de vez en cuando. Porque a todos nos unía también eso, la experiencia de una educación rígida y una pedagogía desmedida en el castigo, de la que puedo recobrar fácilmente el picor caliente sobre mis nalgas de “la vara de la justicia” mientras avanzaba a cuatro patas propulsado por la tracción de mis cabellos. Otros lo recordarán mejor que yo, porque eran asiduos candidatos a probar la dureza de la madera pulida de avellano. Pienso en Pablo, el de Telégrafos, y en Juan Carlos el de La Colorada. Lo de Juan Carlos era antológico: era consumado buscador de nidos –con Santos, el mejor- y el maestro le preguntaba alguna vez que cómo se le había dado el fin de semana en su afición; según el botín logrado –“dos de pega, uno de mervo, tres de zarrica...”, así era la cantidad de palos que le caían, aunque él no contemplaba la posibilidad de ocultarlo; además de haber sido el que con toda ilusión le proporcionó al maestro aquella herramienta pensada para enderezar los espíritus alcornoqueños, rebañiegos y modorros que iban pasando por sus manos.

Tengo bien presente cuando al empezar una clase de tarde, ya todos en silencio, don Luis ordenó: «A ver, Peláez, a la palestra». Yo estaba sentado con Ignacio que apenas unos segundos antes había musitado: «Va a sacarme y no sé nada; si me pega, escapo». Su presentimiento no falló y supimos pronto que su decisión estaba tomada en firme. Fue puesto en la pizarra de la derecha para que expusiese a los presentes la lección de los paralelogramos, que tenía que ir dibujando. Se quedó inmóvil mirando fijamente el encerado hasta que don Luis saltó sobre él como un resorte, lo derribó y empezó a castigarle las carnes hasta que aquel “pollino y acémila” ayuno de geometría se zafó y salió disparado corriendo hacia la puerta para largarse. Creo que César y Jorge fueron los encargados de ir a buscarlo, aunque todos nos sorprendimos cuando a la media hora se presentó la madre de Ignacio visiblemente irritada, recriminando al maestro y señalándole de manera enérgica que no volviera a ponerle la mano encima a su hijo “sin motivo”. Todos sentimos la puesta en escena de doña Olga como una victoria, ya que por primera vez vimos al maestro apocado, casi encogido, ante la reprimenda de aquella madre enfurecida. Al echar esta nota recuerdo también el día en que, por no llevar hechos los problemas de matemáticas, me agarró por los pelos golpeándome cuatro o cinco veces con la cabeza contra la mesa. Lo recuerdo con cierta opresión en la frente, pero consolándome con que quizá gracias a su empeño alguna pieza de mi cerebro que podía andar medio suelta lograra encajar en su lugar normal. Nunca se sabe. Tengo que decir en descargo del maestro que todo eso lo sentíamos como algo normal; debía ser, por darle sentido histórico, “poco más” que el espíritu de los tiempos.

Don Luis –que jugaba a diario la partida de dominó en el café Oriental o en el Martínez- aparecía faltando cinco minutos para las dos y media. Llegaba por la Avenida Manuel Suárez, subía hasta la capilla de San Roque donde daba lentamente la vuelta para dejar su Renault 8 azul (matrícula de OR-1221) en la orilla de la carretera, unos 20 metros encima de la casa de Paquete. El grito de «¡el maestro, el maestro!», que sonaba en todo el patio, era para nosotros el pitido final del partido y el inicio de la jornada de tarde. Don Luis -no los estudios- era para todos el centro de aquellas larguísimas horas, en las que el protagonismo del maestro sólo competía con la intensa relación con los compañeros.

Con todo, la distancia y el tiempo, incluso la ausencia de algunas vidas, no hacen mella en la amistad que aquellos momentos han dejado tras de sí. De hecho, creo que algunas muertes le dan mayor resonancia a la imagen. Así, David Antúñez reaparece con toda viveza y el tono de su voz se hace

perfectamente reproducible en los oídos, como su andar desgarbado y su trato de un cierto y precoz estoicismo, y que no puedo olvidar cada vez que me cruzo a sus hermanos o a sus padres. David era sobre todo tranquilo, lo que puede entenderse por formal. Al correr de los años fue haciéndose un hombre concentrado pero que conservaba desde su infancia una sonrisa constante y una risa fácil. Coincidí por última vez con él en la librería La Villa y otra vez sonrió inmediatamente al verme. Poco después supe que estaba hospitalizado y que tenía algo serio. David pasó la vida de la misma manera que la contemplaba, de una manera risueña y apacible, con un gran amor entregado que brotaba de su bondadoso corazón. De niño era todo lo contrario que muchos de nosotros, que no parábamos de agitarnos en aquel patio y podíamos jugar al fútbol durante cinco horas seguidas. Él era más sosegado, no era monotemático en darle al balón, aunque podía echar un partido lo mismo que hacer cualquier otra cosa. José Ramón Blach vivía en El Espín, en el último piso de una casa sobre la carretera en cuya cocina su madre Pilar me dio alguna vez de merendar; era del Celta de Vigo (se me olvidó preguntarle por qué), delgado y fuerte; continuamente apartaba su flequillo con la mano y mostraba fácilmente su genio. Falín era –hasta el 15 de diciembre de 1990- uno de los más buenos de todos nosotros y probablemente uno de los más buenos de los “churreros”, que fueron todos buenos. Nieves –su madre- era una mujer preocupada por él y muchas veces desde la puerta de su casa –en la que se apostaba a diario durante horas- nos preguntaba al pasar si lo habíamos visto, dónde y con quién. También faltan de esa foto José Ángel y Tito, que fue un compañero siempre responsable y cordial, poco hablador, con un sentido del humor sentencioso y sumamente agudo, que dejó en toda nuestra generación una huella profunda de muchísimos buenos ratos; que también vivió aquellos años con intensidad y que se fue convirtiendo después en el centro de toda la tribu de la imprenta al fallecer su padre Fernando, que tanto tuvo que ver en que el Descenso llegara hasta aquí. Lo cierto es que nadie puede dudar de que a los muertos se les puede querer después de muertos. Tampoco debería sorprender a nadie que hablemos de amigos actuales al referirnos a los que no vemos o a los que tenemos la certeza de que ya no los volveremos a ver.

Ahora sabemos que aquellos años eran mucho más ricos de lo que podíamos suponer. Y que el tiempo de esa imagen era el tiempo de la infancia mejor, de los primeros y únicos compañeros, de la amistad verdadera, con “su vuelo de pájaro y su hondura de cristal”. Nuestra personalidad y nuestra forma de ver el mundo se iban conformando con un tropel ingente y tupido de experiencias y emociones, en el roce de muchas horas, de pecados y de castigos convividos, de miedos, de fantasías y de ilusiones compartidas. En aquel ambiente nos iniciábamos en la vida de las preguntas, desde una visión limitada y confusa, en la que el principal horizonte eran los otros y el mundo se estrenaba a nuestros pies. Eran momentos en los que se iba poniendo a prueba nuestra capacidad de relación humana, en los que empezábamos a vivir y a sentirnos anclados a un espacio concreto. Que iban configurando y modificando a la vez nuestra visión de la realidad y la de nuestra propia vida. El pequeño mundo que nos rodeaba iba adquiriendo una forma precisa y aparecían una serie de fechas. Las cosas eran poseídas y la vida de cada uno se filtraba en las cosas, lo que explica que, al recuperarlas hoy en la fotografía y en la imaginación, nos devuelvan el ardor decisivo, el resplandor de la vida y la claridad de su sentido.

Hoy la traza de cada uno puede ser distinta, pero la mirada es la misma. Y es la cercanía de los ojos amigos la que nos pone en el principio, en el centro que para nosotros era –y sigue siendo- la vida de este pueblo. Porque esos fueron los años que a muchos nos hicieron definitivamente navegos. Desde entonces todo fue mezcla de desarrollo y de construcción voluntaria.